

THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA




ENDOWED BY THE
DIALECTIC AND PHILANTHROPIC
SOCIETIES

F2325
.J58
1904



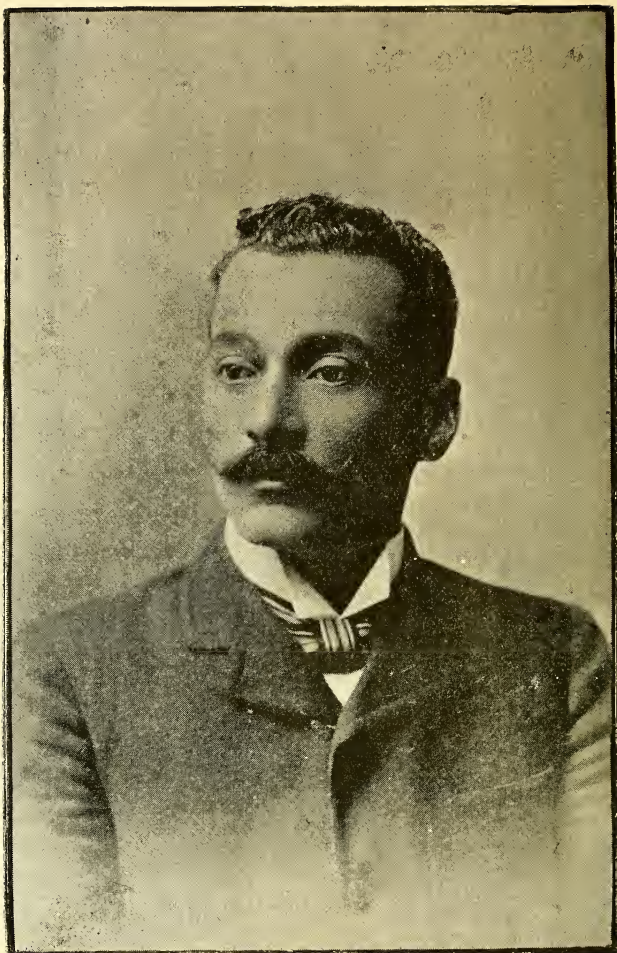
DEL VIVAC

*A la memoria
de los soldados muertos por
el triunfo de la
Restauración Liberal.*



Digitized by the Internet Archive
in 2012 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

<http://archive.org/details/delvivac00jimn>



558
1904

F. JIMENEZ ARRAIZ

DEL VIVAC

SEGUNDA EDICION

CUMANA

IMP. MILA DE LA ROCA.

1.904

Cumaná: 14 de Setiembre de 1904.

La primera edición de este libro mío la dediqué á vuestra honorable esposa.

Esta la dedico á la memoria de los que se sacrificaron por vuestra gloria, grabándola en el alma de la Patria como un gran lis sobre un acerado escudo legendario.

F. Jiménez Arraiz

Al Sr. Gral. Cipriano Castro.

Caracas

PROLOGO

PROLOGO

Benditos sean el talento, el valor
y la lealtad. Benditos sean los
luchadores de la pluma y el sa-
ble. Benditos los que saben hacer la
historia y escribirla.

Amo esas cosas grandes.

Por eso van estas líneas, á manera

de prólogo, para el libro de Francisco Jiménez Arraiz.

Este libro es un libro militar. En él se siente el fragor de los combates; se percibe el humo de la pólvora; se admiran las banderas triunfadoras sobre la sabana verde ó en la cumbre azul y cambiante; se goza del entusiasmo de los hurras; y se mira pasar sobre su caballo blanco, se mira imponente, heroico, inspirado, al joven y brillante caudillo, al General de la barba negra, á Cipriano Castro.

El héroe atraviesa por las páginas que dicen cómo fue el portento de "Tocuyito," atraviesa con su figura de abencerraje, sobre el bridón de pelea, la victoria en la punta de la espada

Detrás de los ramajes de la acuarela, entre los colores claros, bajo la limpidez de la frase y de la luz palpita en este libro, que es un cuadro, el amor á la Idea y el amor á la Causa.

En "Tocuyito" la acuarela se transforma; y el libro deslumbra como un gran lienzo militar de Messonier, Detaille ó de Neuville.

Bendita la idea que arrastra los mejores caracteres á su defensa; bendita la causa abrazada con pasión, y para lo cual tenemos el entusiasmo de nuestra juventud, y la ofrenda, nunca remisa, de nuestras venas y de nuestras plumas.

Francisco Jiménez Arraiz es un gran corazón. El no sabe quedarse á

la dulzura del ocio cuando el peligro lo llama en pro de los ideales.

Y después, en la generosa alegría del triunfo, ¡cuántas coronas de laurel y rosas para los hermanos suyos en el heroísmo!

Y después, así como perfuma el pañuelo de la novia, incensa la bandera de la Causa.

Desgraciados de nosotros los que andábamos errabundos por el destierro, con la mirada triste y el alma enferma, cuando los compañeros valerosos daban los puntapiés y las bofetadas vengadoras á la más infame y enclenque de las dictaduras.

Sean estas líneas escritas á toda carrera, á última hora, al momento de

una separación, prueba de mi entusiasmo por el talento de Francisco Jiménez Arraiz.

Rufino Blanco Fombona

Caracas: 28 de noviembre de 1899.

BARQUISIMETO



BARQUISIMETO

DESFILE DEL EJERCITO LIBERAL RESTAURADOR.

Barquisimeto, la Reina de Occidente, como la llamó el poeta, vista desde las vecinas cumbres, se ostenta gallardamente levantada sobre una extensa meseta, donde bajo un cielo siempre azul columpian las palmeras y los sauces sus rama-
jes empinados.

Al Oeste se divisa una columna de

cerros cenicientos y estériles, que avanzando por el Norte, forman alrededor de la meseta un amplio semicírculo nacido de la Cordillera de los Andes que pasa al Mediodía.

Al Sur, y abajo, en la hondonada, al descender de la planicie, baña el río los verdes cañaverales, ara el manso buey las vegas apacibles, quebrantan los trapiches bajo sus enormes brazos la rubia caña dulce, convertido en cien hilillos fugitivos serpea el buco por entre los sembrados de las fértiles riberas, abren los lechosos su movable y verde quitasol de hojas y descuelga de los mangos y naranjos en racimos tentadores el fruto color de gualda.

Desde arriba se distinguen las pintorescas riberas tachonadas de techos rojos y humeantes chimeneas y bordadas de pomposa vegetación, por encima de cuyas frondas en lento balanceo yerguen sus turbantes de esmeralda las maporas y las ceibas, formando hermoso palio á las linfas de Macuto, de inexhauto manantial, y cuya verde fronda matizan como aladas flores de bucare los rojos cardenales y los gonzalicos color de oro

Sigue después hacia el Este el río y se aleja en tortuoso culebreo por entre los verdinegros camburales, los extensos plantíos de caña dulce y los bosques y rastrojos y sabanas de la

fértil abra que cruza el Yaracuy para penetrar en Carabobo y morir en el Océano.

Y el terruño querido, por quien deseo fama y gloria y á quien daría, si los tuviese, los aplausos de mi nombre y los laureles de mi frente, como le consagra sus pensamientos mi cerebro y le oblaciona sus afectos mi alma,— estaba como postrada por el más profundo abatimiento aquel día memorable: parecía agobiada por el presagio de una gran catástrofe! Empero bullía ansioso, violentamente en el pecho de sus moradores el espíritu revolucionario, comprimido tantos días por las amenazas de la fuerza y los desafueros del terror: fruto que

recogen los Gobiernos insensatos, cuando después del triunfo por las armas, no saben apoyar su triunfo en la inteligencia y la virtud, en la lealtad, la honradez y el carácter.

Era el 1° de setiembre.

Se anunciaba la proximidad del General Cipriano Castro al frente de la invasión del Táchira, y como se creía probable un gran combate en las calles de la ciudad por los aprestos bélicos de las tropas de guarnición, el pánico crecía en todos los ánimos, pero la ciudad acallaba con las íntimas alegrías de su espíritu insurrecto el pavor que todo aquello producía.

En las altas ojivas de las torres se destacaban en siluetas sombrías los

centinelas, firmes, asida el arma, y la vista dirigida á un punto nomás del horizonte.

A lo lejos, el ruido de los tejados, al ser demolidas las paredes por la soldadesca para levantar trincheras en otros puntos contra las tropas invencibles del invasor *nunca vencido*, con lúgubre són repercutía en medio de ese silencio solemne que se forma en los momentos aflictivos al percibirse el menor ruido; y el alerta de los centinelas, el traqueteo de los carros de mudanza, el paso de las patrullas, el sobresalto de los pusilánimes, el entusiasmo de los partidarios exaltados, el horror al combate, el deseo de la victoria, y el comentario y la duda y la expectativa, todo contri-

buía á la lúgubre solemnidad de aquel instante. Cuando llegó la tarde, tétrica, sombría, profundamente triste, profundamente lóbrega, bajo el azul plumizo de los cielos y la sofocante pesadumbre del ambiente, aquel cielo de mi patria, tan pródiga en crepúsculos hermosos como iguales no he visto yo jamás en el ocaso de otro cielo, no tenía la sugestiva poesía de otras tardes: ni orlas de púrpura, ni eurina floración de gualda, ni arabescos de cambiante nácar, ni artesonados de amatista bajo transparencias de esfumado media-tinta rosa.....

Un sólo haz de luz opalina emergiendo como penacho de erupción volcánica de una espesa nube gris nomás

lucía en el horizonte, y el sol, como una rosa de montaña sobre un ramillete de hojas secas, parecía que por última vez se asomaba á contemplar el hemisferio, coronando la distante loma como una hostia roja sobre un copón de plomo.

¿No era aquello el presagio de una caída? ¿no era aquello la presunción de una derrota? . . . Sí, si que lo era. Aquel edificio bamboleante de la dictadura más audaz y más raquítica que vió jamás la patria debía venirse abajo.

No nació para la gloria aquel bastardo del liberalismo y bajo sus piés bamboleaba el Capitolio, de donde huyó hace mucho tiempo el condor de

la libertad, de la justicia y del derecho, cumbre donde hace lustros que sus huevos ya no incuba y ni siquiera caliente el nido amado el águila sin alas del alma nacional.

La línea de trincheras dividía en dos partes la ciudad: en la del Sur se reconcentraron las tropas del Gobierno; en la del Norte se refugiaron anticipadamente la mayor parte de los amigos de la Revolución. Allá era indescribible el pánico; inenarrable el entusiasmo acá. A las tres de la tarde la incomunicación era completa, media ciudad quedó como secuestrada dentro de aquel recinto sombrío. No había allí ni susurros de una sola ráfaga, ni cantos de un sólo pájaro, ni zum-

bidos de una sola abeja, ni aromas de un sólo cáliz: hasta las golondrinas habían buscado su escondite en el alero hospitalario, y la brisa misma de la tarde parecía dormir, ó acaso no se atrevía el silencio á interrumpir de aquella como inmensa soledad.

En la otra mitad cuán sofocante la indiferente lentitud del tiempo! No temía ya la ciudadanía manifestar ostensiblemente sus efusiones partidarias y muchos se salían en busca del Ejército. La Calle del Comercio era un centro de la Revolución: las mismas mujeres impelían á los hombres al campamento amigo, y así como aquellas otras de Esparta ponían el arma en manos de sus hijos, modulando pala-

bras de heroísmo en sus oídos, éstas brindaban á sus novios la escarapela tricolor, divisa de la Revolución, después de acariciarla con sus besos y de consagrarla con sus lágrimas.

Cuando bajó el sol á la vertiente opuesta de los escuetos picos y de las lomas calcáreas de Occidente y cesó la apoteosis de púrpura tras el adiós del astro, sintióse el ruido lejano de algunos disparos y el aliento de la pólvora difundido por la brisa, y en medio de la mayor agitación y del mayor sobresalto los soldados del Gobierno empezaron á ocupar posiciones, profundamente pálidos, cual víctimas camino del suplicio. Coronadas de kepis aparecieron las trincheras y las torres

y los edificios convertidos en fortalezas de combate; se llenaron de espectadores las ventanas de las familias revolucionarias, deseosas de contemplar las falanges del derecho: se apiñó en las bocacalles el partidario amigo, ansioso de engrosar las filas de la Revolución; se vieron oscilar cien ramilletes al través de las entreabiertas celosías, y al través de las entreabiertas celosías se percibió el jugueteo de cien sonrisas de mujer y alcanzóse á divisar en el confín remoto, gallarda, altiva, resplandeciente y soberanamente bella la bandera tricolor, la que se sueña con la novia, con la dicha y con la gloria, la que se ama con la madre, con la esposa y con la patria, la

que vislumbra el prisionero en sus días tristes, la que el proscrito anhela en sus noches lóbregas! Ninguna como ella ha hecho del martirio aureola más gloriosa, oh! Carraca; ninguna como ella ha sido consagrada en holocausto más sublime, San Mateo; ninguna como ella ha visto en torno suyo heroísmo más egregio, Carabobo; ninguna como ella sobre más altas cumbres se ha empinado, Chimborazo; ninguna como ella ha presenciado fulminación de gloria más insigne, oh, Junin, Ayacucho, Bomboná!

Tu estás ahí en ese iris, alma de Bolívar. Bandera del ideal republicano, á ti te debió él, guerrero, tribuno, estadista, diplomata, poeta, filósofo y

vidente, su grandeza colosal; á ti te debieron los hombres de aquellos tiempos y los tiempos de aquella homérica obsesión de gloria, su soñar en la justicia, su pensar en el derecho, su morir en el deber; á tí te debe Castro la cadena de sus triunfos increíbles, el deslumbramiento que en pos dejaron su coraje épico, su boliviano empuje; por tí se salvará su nombre de las infidencias á la patria, de la deshonra por el peculado, de la execración por el depotismo.

Cuando aun se tiene negro y naciente el bozo, el alma virgen, serena la conciencia y sin máculas la frente; cuando se sufre la persecución de los tiranos, el odio de los réprobos, la fan

farria de las nulidades, la befa de la canalla; cuando se siente en torno la rabia de la ralea entronizada y la repulsa de la decrepitud imbécil que le estorba el paso al elemento nuevo, porque demuele, reforma, depura, avanza y crea; cuando se va por el mundo llena de tedio el alma, cargada de cosas grandes, de ensueños magnos, y se ve surgir así el ideal por mano fuerte sostenido en flámulas triunfadoras por la honradez y el progreso, por la libertad y la justicia, como si nos llamase en cada flameación para besarnos en la frente y recibir el calor de nuestro pecho,—¿cómo reprimir los impulsos del espíritu, las insurrecciones del carácter

y del temperamento las hondas rebel-
días!

“Cantar á Filis por su dulce nombre
Cuando grita el clarín: !Despierta, hierro!
Eso no es ser poeta ni ser hombre.”

Aquella legión de héroes, arma al
hombro, con sus cien oriflamas vence-
dores desfilando en lenta procesión an-
te las trincheras enemigas, parecía
más bien una legión diorámica, una
legión fantástica parecía más bien; i-
ban seguros de la victoria, y ondeaba
el tricolor en el fondo gris de la sabana
como en mejores tiempos, y hollaban
los caballos con paso formidable aque-
lla tierra glorificada con sangre de
nuestros mayores en días de epopeya
por la independendencia nacional.

Bolívar, el glorioso sonámbulo de la libertad americana, estuvo allí, donde mismo contuvo su caballo de combate el joven caudillo de los Andes, como si la mano del destino le hubiese detenido donde mismo había mordido el polvo de la derrota el Padre de la Patria, para que respirase aliento de nobles desagravios el insurrecto deslumbrador. (*)

La sombra bajaba sobre el poniente como un inmenso duelo sobre un féretro luminoso, y dos soles se contemplaron un momento frente á frente.

Terminó el desfile. Plegó el cielo

(*) Sitio denominado TIERRITA BLANCA, al Este de la ciudad, donde el Libertador dió la batalla del mismo nombre y fue de-

su brillante manto azul, como un símil de gloria.

En las altas cimas de los cerros dispuso el arrebol postrero de la tarde moribunda; sonrió la púrpura, vertió el gualda vívido su cascada de áurea orfebrería y en floración sutil surgió el violeta como de invisible cornucopia en el postrimer desmayo del crepúsculo: saludo del cielo de la patria al *Batallón Lara* que nacía. No por

rrotado á causa de un inesperado toque de corneta, inexplicable é inexplicado todavía; donde el Gral. Zamora, después de amenazar á Barquisimeto, temiendo que el enemigo le cortase por el cauce del río, desistió del combate y emprendió su marcha sobre el llano, y donde el Gral. Falcón dió el combate *de los de Stbre.*

un hombre, si por un ideal habian luchado, y ahora, levantando su bandera de rebeldes proclamaban su ideal. *El Libertador*, el *Bolívar* y el *Junín* lo crearon en su seno y le dieron el calor de su bravura y las primeras lecciones de heroísmo y allá van, cruzados de la libertad: la gloria los espera y la patria los bendice.

Fué una victoria aquel desfile.

El ejército se detuvo un instante frente á la ciudad que destacaba ante él sus cúpulas y sus torres, como un pueblo de ensueño y promisión: miró por sobre el hombro al enemigo y siguió la marcha. Así hace el león ante el reptil: sacude la melena y pasa.

Las grandes causas son como los grandes torrentes de la montaña: envuelven el obstáculo que les cierra el paso, y extendiendo raudos su pendón de espumas, brillando al beso del sol, continúan su curso con serena magestad.

El enemigo tembló dentro de sus trincheras: (*)recibió el guantazo en plena faz, y vencido sin luchar, á ocultar fuése su derrota en el seno sombrío de sus tristes campamentos, mientras u-

(*) Mandaba en la plaza el General Aquilino Juárez. Un sentimiento de las más severa magnanimidad con este hombre sella mis labios....esas tumbas son mudas é inmóviles.


una onda de entusiasmo victorioso llenaba la ciudad, como una risotada sarcástica ante los soberbios de la víspera, ante los indómitos de ayer.

Barquisimeto! el Ejército Liberal Restaurador te admira y te saluda, y yo, satisfecho y orgulloso de ser occidental, me acaricio con tu nombre.



NIRGUA

NIRGUA

 abudare, Yaritagua, Urachiche, Chivacoa, Boraure . . . todo eso fue un paseo triunfal.

El desfile de Barquisimeto dejó al ejército acantonado en aquella plaza condenado á perecer dentro de un círculo constrictor.

Habíamos cruzado todos estos pueblos en marcha lenta y parece que la Naturaleza misma nos venía demarcando la vía del triunfo. El río Yaracuy, salido de madre, se interpuso á nuestro paso, frente á frente al enemigo, entre las llanuras selváticas del Mango y el escarpado ascenso del Picacho, militarmente inexpugnable, ocupada como estaba esta vía por los 1.500 hombres de la Dictadura que al mando de los Generales Medina y Entrena expedicionaban sobre el Estado Yaracuy y cuyas guerrillas de avanzada alcanzábamos á divisar desde abajo; nos desviamos hacia el pueblecito de Boraure, donde pernoctamos, y la montaña de Santa María abrió en el

vientre de sus bosques rocallosos un paso á nuestro Ejército, vía de Nirgua.

Apartados así de nuestra primera ruta, pernoctando en Boraure, ésto nos sirvió para hacer creer á aquellos Jefes que habíamos avanzado sobre San Felipe. (*) Al amanecer del día siguiente, 7 de Setiembre, levantamos nuestro campamento con dirección á Nirgua por Santa María y después de ocho horas de marcha por veredas cenagosas y subidas intransitables, tuvimos que hacer campamento, como a las 2 de la tarde, en lo alto de la mon-

*Se hallaba en San Felipe el Gral. José V. Guevara, Presidente del Estado, que desocupó la plaza.

taña, en el sitio de Guerrero, pues nuestra retaguardia se había atrasado en las cumbres de Váquira, el desfiladero-suplicio. Allí una parte de nuestro parque y muchas de nuestra caballerías habían caído al fondo del profundo precipicio; pero nuestros soldados, con ese denuedo característico que nace de las Causas nobles y de la fe profunda en el principio que se defiende y de la confianza y el cariño que inspira el hombre que se ha elegido como Jefe cuando éste sabe sumar en sí las voluntades y arrostrarlo todo y vencerlo todo por el triunfo del ideal, á hombros pusieron en salvo nuestras municiones de guerra, fundamento de nuestras próximas victorias, última ra-

zón del derecho oprimido contra la presión del hecho. Allí estaba el leal y generoso cuanto valiente General Valbuena, Jefe del Parque, (*) y allí el Coronel Rufo Nieves, alma de la Artillería: en sus brazos y en los de sus valientes surgieron de aquel abismo Nirgua y Tocuquito.

A las 6 de la mañana del día 8, reanudamos nuestra marcha descendiendo hacia Nirgua, donde probablemente debía hallarse el enemigo: habíamos distinguido algunas fogatas como

*Las tumbas son inmunes: por eso conservo esa frase en esta 2ª edición.—El Gral. Valbuena murió en Ciudad Bolívar, oscuro y sin gloria, en filas enemigas.

de campamento detrás del Picacho la noche anterior.

A las 12 meridiem divisamos la llanura. Recorrimos rápidamente lo que nos faltaba del áspero descenso de la montaña; caímos de la montaña en la llanura, recorrimos la llanura á pleno sol meridiano; esguazamos el riachuelo; subimos la cuesta que conduce á la planicie, y al pisar la sabana apareció la torre del pueblo á nuestra vista, como una banderola blanca levantada por encima de la arboleda, sobre el fondo plumizo de las colinas, junto á la verde falda del Picacho.

Abajo el río; detrás la cordillera verdegueante; delante de nosotros la ancha sabana, sobre la cual, tendida

al pié de la cumbre egregia del Píca-cho, está sentada Nirgua la invicta, la inviolada, tendida en sus verdes diva-nes junto al magestuoso viejo au-gur de la montaña: la Amazona into-cada iba á caer ahora en brazos de Marte vencedor.

¿Termópilas allí? Dónde Simóni-des estaba con otro mensaje de piedra para Esparta?... Y el coloso dormía, como un gran cetáceo con el vientre al cielo y caían sobre su empinada cimera los resplandores meridianos como ra-yos del Olimpo sobre la frente de un titán insurrecto apostrofando á Júpiter.

Atrae la mirada aquella cumbre con poder irresistible, y ya para un comba-te, con la vista en aquella cima, ímpe-

tus se sienten en el alma de supremos heroísmos.

El Batallón Urachiche que llevaba la vanguardia, coronó la altura de la planicie siguiendo á su abnegado y modesto Jefe el Coronel Pedro Hinojosa; luego el General en Jefe, apuesto y gallardo, asomó en su bridón de guerra, al lado de lintrépido 2º Jefe del Junín, entre los Jefes y la oficialidad de Estado Mayor, valiente pléyade de jóvenes á quienes si hubiera faltado en instante decisivo el empuje del heroísmo, habrían tenido el heroísmo del pudor que nace en instante supremo en almas inmanchadas y habrían sabido morir al pié de su bandera. Allí el General Juan Vicente Gómez, capaz

de la lealtad de Bertrand ante otro Napoleón y en otra Santa Elena; allí el General Garrido, que comparte con su Jefe el pan y el peligro; allí el Doctor Bolívar que brinda el perdón á sus verdugos sin sentir en el alma el escozor del odio(*); y los Coroneles Jesús y Rafael M. Velasco B., Román Moreno, Santiago Briceño A., Evaristo Parra, Calixto Escalante, Aníbal Gómez, Juan Figueroa, Pedro Pablo

(*) Dicho ésto por su conducta en Puerto Cabello, no lo comprobó después en el sitio de Cúcuta por los conservadores de Colombia, siendo Jefe de la Plaza, ya separado del Ejército y de la política de Venezuela. Benjamín Ruiz, conocido en el Ejército con el nombre con que aparece en este libro, se incorporó al ejército en San Cristóbal.

Rodríguez, Argimiro Fuenmayor, Román y Carmelo Castro, Heriberto Garrido, Jesús Navarro, Román Cárdenas, Graciano Castro, Félix Briceño, César Ibarra, Jesús Sánchez, Doctores Angel M. Godoy, Rafael Irigoyen, Tomás D. Jiménez A., Perdomo Andrade y Teodoro Barreto, Luis Leamus, Pedro Sandoval, Presbítero Claudeville, A. Parada, Ramón Guillén, Eulogio Velasco, Clodomiro Sánchez y el que esto escribe.

Unos instantes de cruel expectativa....

Todos están pendientes de la ciudad, inmóvil, silenciosa. Parece que reina en ella una calma fatídica, un reposo mortal. Ni un leve ruido, ni algo

que denuncie en ella movimiento y vida; en cambio, la sabana verde oscila bajo el soplo suave y fresco de la brisa que baja de las montañas, cargada de aromas y rumores, é incita á dormir soñando.

A nuestra izquierda el cinturón azul que une los montes y los cielos, y á nuestra derecha alta y soberbia la punta del Picacho.

Allá la estrecha laguna, orlada de verde junco, á cuya sombra sacuden la ropa las lavanderas del pueblo. Mas lejos un grupo de bestias que se alejan veloces, flameante la crín y empinada la cola hirsuta, y otro de novillos que ganan por el atajo entre una nube de polvo, á los primeros tiros.

A nuestra espalda, cual serpiente formidable, se extiende á lo largo del camino nuestro ejército, sobre los picos de las lomas, entre los repuchos pedregosos, en lo hondo de las cañadas, todos alegres y contentos y entusiasmados y anhelando del próximo combate el lauro nuevo y fresco.

El Gral. Castro se mueve de un punto á otro como queriendo penetrar con la mirada al través de la nublosa lejanía: todo lo ha previsto, á todo atenderá en un momento determinado.

De pronto se agitan nuestras filas como tocadas por un resorte mágico. Los de la ciudad reposaban al plácido solaz del campamento, creyéndose muy lejos ya del invasor: ha-

bían puesto entre él y ellos el inmenso murallón de la montaña, con sus rocas gigantes y sus soberbios despeñaderos; pero acaso los despertó el fantasma de la derrota, porque allá se divisan ya, primero como un punto blanco, como una línea luego; la ondulación de una onda leve después, y de pronto una gruesa columna enemiga, bandera desplegada, en són de combate, en marcha veloz, á golpe de atambor; ya asoma en las afueras de la ciudad y nos amenaza sobre el centro. . . . y carga en columna cerrada, y atruena el espacio con el ruido tremebundo de sus descargas pavorosas.

Al punto vuela á una altura vecina en su caballo blanco el General en Je-

fe y agitando la diestra grita á su corneta de órdenes: "Carga, carga! toque usted carga!" y el Coronel Parra, sereno, imperturbable, hiere los aires con el bélico són de su clarín de guerra.

¡Oh! que soberana poesía la poesía de aquel instante, sobre la sabana verde, bajo el cielo suntuosamente azul y frente á frente con la gloria, el roce de cuyos lauros se percibe ya sobre la frente con el halago tentador de la caricia y el atractivo dominador del beso. Que soberana voluptuosidad deben de sentir los héroes presintiendo la victoria en los aprestos de un combate así. Ay! de los que presienten la derrota con su inmensa sombra.

A la vista del enemigo, el Batallón Junín llevando al frente á su valeroso Jefe, acostumbrado á verse con el enemigo pecho á pecho—el Coronel Guillermo Aranguren,—desfila como por un impulso eléctrico por el flanco izquierdo, domina el ala derecha del enemigo que trata de hacerse fuerte en las alturas que nos quedan á la izquierda y la lucha se entabla sobre el cerro presentando como en un gran lienzo militar todas las peripecias del combate. Alla se ven como avanzan, arrollándolo todos los del Junín, desplegando sus gloriosas banderas y siguiendo, como toque de clarín, la sugestiva palabra de Emilio Fernández, el bravo Coronel, cerebro

fibra épica del Batallón, alma depurada en turquesa de heroísmo, honra y preza de la Revolución (*)

(*) Fernández fué ascendido á Gral. en el combate de Parapara. Amparado por él, salí yo de Barquisimeto á incorporarme al Ejército el 1.º de setiembre. Juntos entramos nuevamente en la ciudad, acompañados de los Coroneles Evaristo Noguera y Juan Figueroa, y á una cuadra de las trincheras dimos el primer viva revolucionario que oyeron los de la plaza. El Gral. Fernández no existe hoy en las filas restauradoras: después de haber entrado en ellas por la luminosa puerta del valor heroico, pudieron más en él las sombrías tentaciones de la oligarquía impenitente que los bellos resplandores del liberalismo redentor. La mano que manejó la cortante espada de Tocuyito no es la misma que esgrimió la pluma contra su propia

El Urachiche, novicio en el combate, y el 23 de Mayo, veterano de la victoria, agitan sus oriflamas, registran ansiosos el matador de sus fusiles, preparan sus fornituras, echan sus chopos en balance, avanzan á pasitrote llenando el espacio con cien vítores que enardecen su propio indómito coraje y agitando en el aire sus sombreros para saludar á su Caudillo.

“¡A la carga, á la carga!” les grita éste, y partiendo velozmente en su caballo, se detiene junto al Urachiche, exclamando: “¡Batallón Urachiche! al combate por el flanco derecho; yo os garantizo el triunfo si no flaquea causa: en aquella Sí había esplendor de gloria.

«nuestro valor: venimos luchando por la patria y por ella seremos invencibles. ¡Viva la libertad! ¡Viva la República!»

¡Viva Cipriano Castro!—gritan los del Urachiche y avanzan, banderas desplegadas, al cumplimiento de su consigna.

El Batallón 23 espera con el arma al hombro. Allí el primero está su Jefe, el Coronel Luis Varela, tan sereno y audaz en el combate como sincero y generoso en el afecto; y no lejos su 2º, el Coronel Maximiano Casanova, su émulo en la carga.

“¡Batallón 23!—exclama Castro— estáis acostumbrados á vencer y no me extraña en vosotros la victoria por-

que la lleváis en vuestro pecho. Al combate, Veintitrés, reforzando al Urachiche!”

¡Viva Cipriano Castro! -grita Varela- ¡Que viva! responde el batallón, avanzando en pos del Urachiche y echando sus banderas al aire fresco y aromoso de la sabana. Suenan en seguida los primeros disparos en la torre, caen como lluvia de granizo los malignos proyectiles á los piés de nuestras bestias, pasan chirriando cerca de nuestros oídos como graznidos burlescos de la muerte, muerden á nuestros piés el suelo como rabiosas de haber errado así la puntería, y cruje el suelo y brama el monte y parece que trepidan las montañas, que

los cerros se desmoronan, que del cerebro se apodera una violenta conmoción de fiebre.

Otra columna enemiga asoma por la derecha y se distingue entre el ramaje verde por el color de las banderas. . . . Nos quieren cortar por nuestro flanco derecho y dominar la altura, dice uno.

“Que ocupen aquella altura los del Urachiche, aquélla, aquella loma de la derecha”—grita Castro.

Soy uno de los más próximos, es mi bautismo de sangre por la libertad, y me lanzo con dirección al Urachiche. El Doctor Godoy hace lo mismo y otro tanto el Padre Claudeville. Apenas unos pasos para llegar al Ura-

chiche, y nos echan encima, como quien desgaja un ramillete, la primera descarga de la fusilería enemiga: ¡así se saluda á los libres de Occidente!

La lucha empieza recia, nutrida, formidable, como para vencer en un instante; se baten ellos con valor, que son de nuestra misma raza y nuestra propia sangre, pero es en vano su bravo resistir: tiene que ser nuestra la victoria.

Sobre la izquierda, en la subida á los pequeños cerros de enfrente se divisa aún la brega del enemigo por conservar la altura y asegurar así la retirada. Era una evolución militarmente correcta habiendo podido con-

servar su unidad de acción los defensores de la plaza. Aquí el dilema estratégico del Junín: ó se les divide en dos y se les destroza al detal, ó se les corta la retirada y se les carga hasta vencerlos. De haber seguido detrás de nosotros las tropas de Barquisimeto como era de suponer los sucesos habrían sido muy distintos: Juárez llegó hasta Nirgua por el 13 y contramarchó en seguida. (*)

“A ganar terreno”—dice el Gral. Castro—y avanza el primero, como que es el alma del combate, el nervio del heroísmo en sus tenientes.

(*) La vida militar y política de muchos de nuestros hombres públicos está llena de misericordiosas reticencias: esta es una.

Ocupamos una nueva altura.

Las balas de la torre nos persiguen con tenaz porfía: somos el blanco de las mortíferas descargas.

Avanzamos más aún y llegamos á las primeras casas, donde el enemigo pierde sus primeras posiciones del centro mientras sus retaguardia se lanza á los cerros que le quedan á la espalda, arrollada por el Juní que la sigue paso á paso vencedor.

El Urachiche, de cuyos soldados la mayor parte se baten al machete, queda allí casi todo en tierra, y sus restos, siguiendo el poderoso empuje del Veintitrés, penetran en la ciudad, toman un cuartel, hacen prisioneros, imponen silencio á los fuegos enemi-

gos del ala derecha y continúan en su persecución falda arriba del Picacho.

Entra en pelea por el centro la Guardia de Honor, "la compañía de Jorge Bello," que lleva con honor las presillas de Coronel y como aquella otra del vencido en Waterloo capaz de exclamar en el último conflicto: "La Guardia muere, pero no se rinde."(*)

Trascurre una hora de rudo combatir, y á la orden del General Castro, impaciente, *El Libertador* avanza en dos alas, también por el centro, y es

(*) Queda ésto comprobado con su brillante actitud en San Carlos, ante los acorazados alemanes.

una sola carga aquella carga del heroico Batallón Libertador.

Lo que resiste por la izquierda allí tendido queda: el Coronel Pedro María Cárdenas no va en zaga del más valiente de sus compañeros y el Coronel José A. Dávila, su 2º., asiste al combate imperturbable, como de fiesta, con la gallardía de un soldado heleno.

¿Qué tendrá toda esta gente que así desafía á la muerte?

La patria está enferma, es verdad. Sus quebrantos son muy hondos, sus ruinas muy sombrías: meten miedo. Es necesario volver á levantar este edificio, no conformarse con blanquear este sepulcro! Nos hallamos en un

período crítico de descomposición y hasta el sentido común se anda por ahí de capa caída.

En la mayor parte de nuestros hombres públicos se han relajado casi todos los resortes de la dignidad y el pudor; la grandeza del ideal desaparece ante el atractivo de las conveniencias, y la fé de Causa se mide por las satisfacciones del salario.

En nuestra política no hay tres reputaciones verdaderamente nacionales(*) La mayoría absoluta de las

(*)Este libro lo escribía yo á fines de 1899. El Gral. Castro empezaba á destacarse en el país como un coloso y el Gral. Hernández era el ídolo de las masas populares. Los desaciertos hundieron á es-

personalidades políticas que han venido hace mucho tiempo siendo la clase dirigente, no son sino medianías regionales con quienes la fortuna ha sido pródiga y la sanción cobarde.

No tenemos hombres y hay que crearlos: el momento es propicio. Por donde quiera vemos una juventud de halagadoras aptitudes, que vejeta entre el excepticismo propio y la indiferencia ajena, en una atmósfera asfixiante que postra, que enerva, que consume las fecundas actividades del sér pensante. Ansiosa de gloria, de gran cerebro, de sano corazón, de

te hombre, y hoy todo es pequeño ante el Caudillo Restaurador.

noble actividad y patriotismo, solamente fáltale un Jesús que le diga, dándole la mano, "Levántate y anda." De ella se puede decir como de Imbert Galloix Rubén Darío: "Sentirse poseedor del sagrado fuego y no poder acercarse al ara; luchar con la pobreza, estar lleno de bellas ambiciones y encontrarse solo, abandonado á sus propias fuerzas en un campo donde la fortuna es la que decide, es cosa áspera y dura."

Es la esperanza de esta revolución: un ejército de jóvenes, desde su Jefe hasta el último soldado, que de un extremo de la patria viene á restaurar la honra del país, tan vilipendiada por sus malos hijos; que vuelve por

los fueros de la dignidad nacional, por las prerrogativas de la libertad y del derecho en nombre de los principios liberales, ideal supremo en el alma de los hombres y en el alma de los pueblos.

El combate continúa, nutrido, mortífero, y Castro en un momento de impaciencia de su temperamento nervioso, dice á su corneta de órdenes: "Toque carga, continúe tocando carga.... Nó.... toque usted diana, que hemos triunfado!" y quiere avanzar sobre la plaza. Un oficial exclama: "usted tiene á quién mandar; no entre usted."

Otro agrega: "Qué se hace con una victoria muriendo usted? No entre, General."

Pues entren ustedes, exclama él y todos, entre vivas estrepitosos, se lanzan á la plaza por entre el plomo del enemigo. Habíamos triunfado.

Viva la libertad! Viva la República!—grita Castro, que había llegado entre los primeros, incapaz de ser el último, y en un vítor atronador le responde con el *Batallón Bolívar* el valeroso Coronel Contreras, erguido á la cabeza de su bravo batallón.

Eso fué Nirgua. El estupor del enemigo reflejóse en el Capitolio Federal.

Todos los prisioneros fueron puestos inmediatamente en libertad, como lo usaba siempre el General Castro. La piedad ha hecho más conquistas

que el rigor de los castigos en el corazón de la humanidad. Cuando se ha vencido al enemigo y se le tiene en el rendimiento de la impotencia se siente en el alma la satisfacción de la mayor pujanza: cuando se le ha vencido y se le ofrece la mano y el perdón se siente en el alma la satisfacción de la mayor grandeza, aunque no se es cruel cuando se castiga en nombre de la justicia. El perdón es la más noble expresión del liberalismo, pero liberalismo no es impunidad.

TOCUYITO

TOCUYITO

Aquí la gran página brillante en la cartera de campaña del General Cipriano Castro.

Allí se batieron 1.200 hombres nuestros con cerca de seis mil del enemigo comandados por un Ministro y un Exministro de Guerra en campaña, llevando al frente de brillante oficialidad más de cuatro gene-

rales de reconocida reputación militar. Allí quedó sepultada bajo los laureles de nuestro ejército la vergonzosa dictadura del General Ignacio Andrade. Aquello fué un prodigio de valor; digno corolario fué de la audaz invasión del 23 de Mayo. Uno contra cinco? . . . milagros del heroísmo patrio!

Tocuyito es la coronación épica de la batalla de Cordero que la superchería oficial quiso hacer jornada suya, cuando que aquella frías cumbres no fueron para ellos sino su piedra tumular, ni otra cosa les brindaron las heladas breñas sino el camino sombrío de la derrota.

Los *vencedores* en Cordero, con 6.000 bocas de fuego, poderosa arti-

llería, cuantioso parque en manos de un gallardo ejército de línea, nos abrieron paso por entre sus aguerridas columnas, y Valencia nos recibió en su seno triunfadores. (*)

(*) En el parte de la batalla dice nuestro Jefe de Estado Mayor que “cerca de mil mausers, más de 16.000 cápsulas correspondientes, dos piezas de artillería sistema Krup, & &,” pero este parte tiene fecha 16 de setiembre, dos días después de la batalla, y en los días subsiguientes se recogieron más mauser y cápsulas: el último cañón fué tomado en Valencia. Se dice que el General Luis Loreto Lima que llegó á Tocuyito días después de estar nosotros en Valencia, se armó allí con elementos recogidos en la sabana y en los bosques de aquel campo memorable.

La posesión de Valencia, fué el gaje principal de la victoria.

¿Quién podría después interponerse con probalidades de éxito á nuestro paso de invencibles?

Habíamos dejado detrás á Nirgua, con su glorioso nimbo del 8 de Setiembre, donde la generosidad de la Revolución hizo más brillante del laurel de la victoria; á Miranda, entre los verdes cojines de sus selvas muellemente-reclinada; á Bejuma, dormida á la sombra reparadora de sus bosques. Ascendimos á la cumbre del Batatal, desde donde se divisa el glorioso campo de Carabobo, y en el descenso por sobre sus férreos pedruscos, Valencia surgió en el horizonte como un grupo

de garzas dormidas en la maleza, al blando arrullo del onduloso lago.

Y pisamos la histórica sabana de Carabobo!

Cuando la luna riela sobre la pampa verde, á la sombra de los chaparros no vagarán allí las almas de los Héros gritando ¡“unión, unión”! á los herederos de su gloria?... Y cuando puede ser feliz la patria y sus hijos se niegan á salvarla, no gemirán allí, á la sombra de los chaparros, las almas de los héroes, cuando la luna riela sobre la pampa verde?

Llegamos á Tocuyito.

Cuando empezó el desfile del Ejército en el interior del pueblo, el General Jefe, que en medio de su Estado

Mayor saludaba á sus batallones con frases de briosos entusiasmos entre los vítores que aquellos le dirigían al pasar delante de él, dijo estas palabras: "Creo que Tocuyito se hará célebre en las páginas de nuestra historia." El pronóstico se ha cumplido. Tocuyito pasa entre resplandores de heroísmo á los anales gloriosos de la patria.

Dispuestos los campamentos, organizados los cuerpos de vigilancia y estudiado el terreno por el Jefe en todos sus alrededores, hasta formarse una idea topográfica perfecta de él, militarmente considerado en todas sus ventajas y desventajas, pernoctamos en el pueblo y aguardamos el desarrollo de los sucesos.

El General Castro esperaba el ataque del enemigo el día 14, y para las 11 de la mañana las avanzadas ocupaban sus puestos y los cuerpos de inspección habían hecho sus últimas recorridas, sin que nada les anunciase la proximidad del ejército contrario. A eso de las 12 m. una avanzada del *Batallón Lara*, que ocupaba nuestra vanguardia, divisó la del enemigo, pero ésta, que había marchado con gran precaución, comprendiendo que había sido avistada, apresuró su marcha y rompió sobre él los fuegos, dándole tiempo apenas al Batallón, que á la sazón hacía rancho, para volar á tomar las armas y ponerse en defensiva.

Con más de habilidad militar y de estudio técnico de la guerra, la batalla de Tocuyito habría empezado, quizás, según lo que hemos narrado, por el desastre completo de nuestro primer Batallón. El ataque no parecía organizado por un General: allí se olvidaron hasta los principios más triviales del arte militar, no sólo en la organización y desarrollo del combate, sino hasta en la retirada por la derrota, en un terreno perfectamente conocido por ellos.

Uno de los principales errores, todos los cuales supo comprender y utilizar en su favor el General Castro, fué el de haber ellos dejado libres nuestras alas para atacarnos en masa por

el centro, estorbándose así unos con otros todo movimiento, por la gran aglomeración de tropas, dejando al Gral. Castro en aptitud de maniobrar por el centro y por las alas y de ejecutar sin obstáculo toda evolución de ataque ó de defensa, situación ésta que aumentaba su poder de resistencia toda vez que desde luego conservaba en toda plenitud su unidad de acción, pudiendo reconcentrar ó esparcir sus tropas según el estado del combate y los movimientos del enemigo.

Ejército que se divide se destruye, se ha dicho. Pensarían ellos en este apotegma militar y acaso le temerían? No es probable, á menos que se ignorasen las aplicaciones de este principio.

En la rapidez de los propios movimientos y en los errores del contrario está la mitad del éxito de toda operación militar en una función de armas, dice la técnica de la guerra: por eso el Gral. Castro, comprendiendo aquellos desaciertos del enemigo, con admirable precisión de los resultados ordenó sus maniobras para arrojar, como lo hizo, aquella legión inmensa pero informe.

Ellos eran 6.000 y debían saber que no llegábamos nosotros ni á 1.500, sin tener siquiera los recursos del arte en la defensa y fortificación de plazas que aumentara nuestra fuerza y nuestras probalidades de triunfo. Tanto es así, que el Gral. Castro, esperando

un ataque militar en toda forma, dispuso su defensa por donde naturalmente debía ser atacado, preparándose, en primer término, contra las alturas vecinas, sitios magníficos para las maniobras de artillería y de fácil evacuación en un momento dado, fuera de que dominaban por completo el campo de batalla y estaban perfectamente defendidas á la retaguardia por la misma conformación del terreno, y ocupando la gran ceja de gruesos árboles que bordea el pueblo por uno de sus flancos hasta el cementerio y que hubiera sido para ellos reducto inaccesible.

Ellos redujeron todo al Centro y lanzaron al callejón de Tocuyito aque-

Ha inmensa legión de valientes, como furioso huracán á cuyo empuje formidable no debía quedar nada en pié: fue supremo error, fundamento del desastre?

Pelearon con bravura, con toda la selvática bravura de nuestra raza.

Hubo momentos en que casi sentimos sobre nuestros pechos el paso de nuestros contrarios vencedores. ¿Perder la revolución aquel combate?—era morir todos allí. La fuga nunca: primero el suelo abajo y el pie del enemigo arriba.

Cuando sonaron las primeras descargas el ejército descansaba tranquilo: acaso muchos dormían.

Varios de los oficiales del Estado Mayor, también sesteaban, momentos

antes de almorzar, bajo el añoso Matalpalo que sombrea el patio de la casa cuyos dueños les habían brindado campamento. (*)

El Gral. Castro, salió afuera precipitadamente y cercioróse del caso con ese movimiento característico que ejecuta para oír el que espera algo por un punto determinado: á ensillar, á ensillar—gritó,— requiriendo su caballo, echándole la pierna y saliendo á la calle á poner en movimiento sus cuarteles. Todos estuvimos á su lado en un instante. Cuánto entusiasmo en aquellas almas juveniles, familiarizados yá con los azares de la guerra! El instan-

(*) La casa del señor Félix Ruido.

te era supremo. A nadie se escapaba que aquello era de vida ó muerte

Ejecutadas las primeras órdenes, listos al combate todos los batallones, al pasar por delante del Bolívar, exclama: "*Batallón Bolívar* vamos al combate. Un nuevo triunfo nos aguarda. Con vosotros no espero yo jamás una derrota!"

El entusiasmo épico subió al delirio en el pecho de aquellos hombres. ¡Como sonreían, cómo acariciaban las llaves de sus mausers y como se alentaban los unos á los otros! Parecía que en la primera encrucijada del camino los esperaba como tierna prometida la victoria.

Infelices!... A cuantos de ellos i-

ría en breve á escribir la muerte su epitafio con letras rojas de la propia sangre á la orilla del camino, sobre el montón de tierra, bajo la rama verde.

Seguimos avanzando bajo una lluvia torrencial de plomo á lo largo de la calle y luego á lo largo de aquel espantoso callejón donde se reconcentraban los fuegos del enemigo, pues éste, desalojado del Trapiche nuestro Batallón Lara, había avanzado su vanguardia hasta la entrada del susodicho callejón, y llegamos hasta uno de los últimos ranchittos de paja á orillas del camino, uno de la derecha, abandonado por sus moradores, donde nos detuvimos un momento. Allí vibró nuestra corneta al toque bélico y allí

quedó llevando el entusiasmo á nuestras tropas y el pánico á las filas enemigas, mientras varios oficiales del Estado Mayor, á la orden del General, entraban en pelea.

Cuando regresamos para tornar en breve, una lluvia de balas y una lluvia de hojas verdes caía en torno nuestro: pasaban aquellas casi rozando nuestro cuerpo; caían éstas como mariposas muertas cerca de nosotros.

Temblaba el suelo, parecían bramar todas las fieras de los bosques parecían crugir todos los bosques de la llanura: era una trepidación formidable de la tierra y del aire: era una gran conmoción de los hombres y las cosas: era el encuentro de dos torrentes des-

peñales, la lucha de dos huracanes, el choque formidable de dos inmensas tempestades. Se conmovía la tierra bajo aquella espantosa brega, que parecía el estallido de mil ondas del océano, el desmoronamiento de una montaña al empuje de un ciclón . . . Y una nube de humo se extendía como una blanca mortaja sobre aquel campo de desesperación y muerte.

Con qué bravo esfuerzo nos atacaron aquellos hombres: venían á arrojar nuestra vanguardia, á pasar sobre nosotros como la onda empinada de una tempestad marina, entre el empuje de su seno, abajo, y arriba el penacho blanco de su cólera salvaje. Pero eran nuestras tropas como esas rocas

seculares de la playa sobre las cuales se desatan rugiendo en espantoso trueno las cóleras marinas, y que después, como un sarcasmo de piedra, se levantan empinadas mientras danzan á sus pies las ondas y suspiran.

El Lara y el Bolívar se oponen, como un muro al paso de aquella avalancha formidable que se agita como la onda, que cruje como el trueno, que hiere y mata como una fulminación de rayos.

Se retira del campo, herido, el 2º Jefe, del Batallón Lara, el Gral. J. A. Chirinos, pero queda el 2º Jefe, el viejo Gral. Zoilo Gutiérrez á quién no ha agobiado aún el agotante peso de los años, y cada uno de sus oficiales, en la

flor de la vida, anima á sus compañeros y no cede por nada un punto en su dantesca bizzarria; y está allí también el Gral. Joaquín Quintero y el Cnl. Pedro Inojosa, tan firmes como abnegados.

El Gral. G. Urdaneta deja su caballo y carga, pero cae también herido y con él heridos caen también los demás oficiales del Estado Mayor que lo acompañan: Dr. Meléndez, Coronel Jesús Sánchez y Coronel Víctor Ferreira.

Asimismo quedan fuera de combate el Coronel F. de P. Tovar, el Coronel Matos Linares, los tenientes Laguna, Lucena y otros más.

Es que hemos perdido terreno, y empujan y nos quieren arrollar, pero la

resistencia va á la medida del ataque, el coraje multiplica nuestra fuerza y la nobleza de nuestra Causa el deseo de la victoria.

—Van en derrota!—dice uno que á la verdad es quién trata de salvarse.

—Pues á perseguir la derrota—exclama, Castro: que entre el *Escuadrón*. . . Y el Escuadrón se acerca y entra en pelea. Llevan en su rostro pintadas las tristes palideces de la muerte, y la presienten pero no la temen. Imposible dar un paso. Un paso nomás, y es doblar allí las bestias las rodillas ó caer sobre la crin de los caballos la frente de los ginetes. El brioso viejo Gral. Manuel Antonio Pulido, Jefe del Escuadrón, allí recibió su mortal he-

rida, dando frente al enemigo, como en sus días de briosa juventud: allí quedó con la mirada dirigida al cielo el no menos valiente Gral. Fermín Canelón, de los que en Lara se incorporaron a la simpática invasión del Táchira.

Se echa entonces á tierra el Escuadrón, siguiendo al férreo Prato, y carga como para vengar la muerte de su Jefe, cual si ella hubiera sido enorme bofetada en plena faz, y cargan y cargan con denuedo temerario.

Llega nuestro cuerpo de artillería; el Gral. Castro lo coloca á la izquierda del camino, ribera del río; suena el primer disparo, una nube de polvo se levanta en el espacio, cae en tierra hecha añicos la casa de la derecha donde

un cuerpo del enemigo se atrinchera y es una hecatombe aquel disparo. Nuestras tropas se apoderan de la casa de la izquierda. El río es nuestro, pero el enemigo arremete con ímpetu salvaje y ahora sí: pelean con valor, pelean con valor desesperado, pelean con fiereza, sus muertos nos estorban el paso y están sus heridos al amparo de nuestra compasión de hermanos. Entra el *Junín*, y con los restos del Batallón *Lara* y lo poco que queda del *U-rachiche*, dan un formidable empuje al enemigo, lo enardecen más, ceden ante él, desocupan el terreno, lo empujan, lo hacen fluctuar; lo desalojan de sus primeras posiciones, lo llevan hasta más allá del río y allí la espanto

sa brega, allí el disputarse como en pugilato olímpico el derecho de avanzar, pero á qué precio: el 2º. del Batallón Junín, el Gral. Fernández, cae exámine; luego el 2º. del Bolívar, Miguelón, (*) cae sin vida! Y detrás de ellos, el Coronel Epiménio Uzcátegui, y el Coronel Ramón Santana, y el Coronel Jesús Escalona, y el Comandante Felipe Escalona, y un grupo heroico de oficiales y soldados.

Mas no importa! Sus compañeros lo recogen, los llevan á la ambulancia y luego siguen imperturbables á morir ó á vencer: aquello no pone miedo en su alma ni silencio en su fusil.

(*) Coronel Miguel Contreras.

Adelante, adelante! fuego, fuego!— dice cada soldado nuestro que cae moribundo.

El río se hace inexpugnable; es como una bomba de explosión continua, y los tupidos matorrales de sus riberas como una gran muralla que por donde quiera vomita proyectiles y nos impide ver al enemigo; sus breñas verdi-negras fulminan una granizada mortífera, como si fuera una inmensa máquina explosiva, y en su seno de una manera espantosa repercute la metralla como un incesante redoble de mil ocultos atambores.

Fluctúa una de nuestras compañías; entrar más es caer en aquella tupidísima red de proyectiles y somos un puñado

y en frente de nosotros no hay punto de la tierra donde no se vea un hombre, ni hombre que no dispare un fusil ó blanda una espada!

Pero ahí va el *Libertador*, resto glorioso de desmenbrado batallón, grupo de valientes ansiosos de ser ellos quienes decidan el combate, y que ruda carga aquella carga: el martillazo sobre el yunque, la onda sobre la peña. Cada tiro les cuesta mucha sangre, cada paso les cuesta muchas vidas, pero avanzan y cae el río otra vez en nuestro poder y ahora para no perderlo ya más. El enemigo como una serpiente herida ondula lentamente, se retuerce, retrocede, se sacude, se despliega de nuevo, avanza, se incorpora

y poco á poco va dejando los espesos matorrales y en cerrados anillos, en apretado vientre, apareciendo en la sabana como para echarse sobre la enorme cola, pretendiendo aún arrebatarnos el terreno que les hemos conquistado; mas el Libertador no cede un punto y repone sus pertrechos y multiplica sus descargas y su arrojó.

Avanzan más aún nuestros valientes, y otra vez resiste el enemigo apoyándose en otros matorrales y en las casas del camino. El Coronel Pedro María Cárdenas, Jefe del batallón, con su ruda apostura de prusiano, vacila un momento sobre sus piernas y cae en tierra. Dávila le sucede como 2º Jefe, con toda su épica bizarría y su

marcial serenidad. Cerca de él cae el Coronel Ovidio Salas, blandiendo el sable.

El Lara, el Bolívar, el Junín, el Libertador parece que se enfurecen, viendo desaparecer lo más épico y granado de sus filas, y cómo gritan, y cómo cargan, y cómo avanzan y avanzan, sin ver lo que tienen de frente, sin contar lo que aun queda á sus espaldas, hasta que llevan el pánico á las filas enemigas que resisten todavía. Son muchos, muchos! si aquello es una masa formidable! si el suelo del camino no se alcanza á percibir! si la sabana se ve cubierta de hombres y de humo! Y allí la más sangrienta lucha. El Coronel Obdulio Bello rueda

al suelo herido, pero cae gritando "viva Castro, viva la Revolución!" y los Coroneles Olivares, García, Pacheco y otros más. El Gral. Castro va de un punto á otro. Donde es más interesante resistir, allí está la voz de él; á donde pueden ellos dirigirse, allí vuela él primero, solo muchas veces, con su Estado Mayor en ocasiones.

A este hombre las balas no le tocan, parece que le temen y donde él está como que ejecutan movimientos de flanco para no tropezarse con su cuerpo: el triunfo como que guía las bridas de su corcel de guerra. Este hombre, como aquel Cacique de una de nuestras leyendas, como que desciende de la misma tempestad.

En un momento de aquellos más azarosos para nosotros, en que todo depende de un paso atrás de nuestras tropas para ser del enemigo la victoria y nuestro el absoluto sacrificio, lanza él su caballo al río. Un soldado pretende detenerlo, sujetando por las riendas el caballo y exclamando:—No entre, General, porque lo matan.—Cómo que no entre....sí, si yo nomás quedo yo solo triunfaré!; y su caballo, al sentir el acicate en los hijares, vence de un empuje el brazo del soldado, y levantando con los cascos un borbotón de espumas de aquellas aguas enrojecidas por la sangre del combate, salta á la ribera opuesta, sacudien lo como un penacho bélico la alborotada crín.

El 23 de Mayo llega á reemplazar á sus compañeros que faltan y lo hace con denuedo, sin que se amilane su valor ni fluctúen sus bríos ante los quejidos de las víctimas y la sangre de sus hermanos que han caído sobre la yerba de la sabana como un desgranamiento de rubíes. El Coronel Luis Varela no zuzza ya al combate: en una orilla del lúgubre callejón quedó tendido, pero el Veintitrés de Mayo sigue á su venganza y sus Jefes, Coroneles Tomás Pino y José Salas, van al frente de él.

El enemigo ha perdido mucha gente, mucho terreno y mucha presencia de ánimo; está próximo ya á la fuga, y el pánico, el pálido compañero

de los que huyen, está en sus filas y los incita á la derrota. Van dejando armas y pertrechos; cuanto les estorba va quedando allí; la boca de sus cañones ha enmudecido, sus armas van pasando á nuestro parque y no se da un paso sin tropezar con un cadáver. Ya los disparos suenan como quejidos lejanos y es un dúo aterrador el lamento de los moribundos y el quejido de los disparos: la canción de la muerte: el dúo quejumbroso del desastre.

En este instante un fatal incidente nos llena de profundo pavor: el Gral. Castro vese obligado á dejar la dirección del combate, retirándose del campo de batalla; fue que al saltar una

pequeña acequia su caballo, falseó, se fué de manos y le cayó sobre una pierna causándole una dolorosa fractura. Nos creímos perdidos, pero cuando él se retiró del campo de batalla, en su lugar colocóse la victoria.

—Son las seis, pero todavía creo que triunfaremos—dijo, en el momento en que los médicos le volvían á su lugar el pié lujado.

—Que horror, que horror!—agregó;—que combate tan espantoso, que batalla tan sangrienta. . . .! Quiera Dios que sea útil para la salud de la patria. . . .y guardó un profundo silencio. Todos callábamos. En rededor se sentía el sobrecogimiento de las catástrofes, esa especie de postración, de sopor,

que acompaña á las grandes impresiones en los momentos solemnes del corazón.

En tanto, el *Tovar* se bate persiguiendo. No hay quién le detenga. Cada fusil es una máquina, cada tiro es un contrario menos, cada contrario que cae es un paso más á la victoria, y ésta al fin se decide definitivamente por nosotros.

El enemigo huye por columnas. ¿Quién osa detenerlos? . . . No es posible: juega la vida quién lo haga(*)

¿Pararse? . . . un instante nomás y es hallarse frente á frente con la muerte.

(*) Dice el Gral. Antonio Fernández en una hoja volante que publicó después, que

Y el ruido del combate se va apagando poco á poco, lentamente: el eco de una tempestad que huye azotando el lomo de las montañas, el rumor de un torrente que ruje despeñándose en hondo precipicio: el aleteo de una águila salvaje que sacude pesadamente el ala herida sin encontrar la roca donde dejó su nido.

Ya es un murmullo sordo, ya es un rumoreo lúgubre, un leve susurro, la impresión nomás. . . . silencio al fin. . . .

.....

La noche, la lluvia, la oscuridad, los muertos, los heridos. . . sangre. . . lágrima.

al pretender contener la derrota recibió una descarga de sus propias fuerzas que huían.

mas... lamentos... silencio al fin!

Ilustres víctimas, cuan glorioso el heroísmo vuestro y la abnegación de vuestras almas cuán gloriosa!

Oh! muertos, dormid y esperad, que no ha de ser estéril vuestro sacrificio ni olvidados vuestros nombres.

Oh! muertos, dormid y esperad, que en buena tierra, en surco fecundo echado el grano está de que ha de germinar vuestro laurel, festón de vuestra tumba, corona de vuestros hijos.

Oh! muertos, dormid y esperad, que es de juventud la savia nueva que transfundísteis á la patria.

Oh! muertos, dormid y esperad, que el rojo de vuestra sangre no es dilecto para púrpura y sí radioso en gorro frigio.

Libertad, Libertad, no seas voluble,
que eso es por tí!

Juventud, Juventud, no seas esqui-
va, que todo es tuyo!

Porvenir, Porvenir, no seas tardío,
que la patria aguarda!.....

EN CARACAS

EN CARACAS(*)

Mis compañeros aquí presentes, cariñosa y espontáneamente me han designado para dirigiros la palabra en este acto en que os ratifican el culto de su cariño y su adhesión insospechable vuestros tenientes desde

(*) Discurso del autor en el banquete que los Jefes y Oficiales del Ejército dieron al Gral. Castro en el Cuartel de San Mauricio.

Tenonó hasta Tocuyito, los que con sus propios pechos el carro de vuestras hazañas empujaron y marcaron con la púrpura de su propia sangre la huella de vuestro paso de héroe triunfador.

Advirtieron, talvez que mi amor á la Causa Liberal Restauradora, cuyo pendón glorioso flamea invencido en vuestras manos y á cuyo programa político, debo yo consagrar el resto de todas las energías de mi juventud, me haría aceptar este cargo, más propio para aquel á quien desempeñarlo fuese dado con acopio de mayores aptitudes, ya que nó de mayores entusiasmos é ideal mayor.

Unos muy bellos han sido y son los ideales de la Causa Liberal Restaura-

hora: ideales que abolieron aquella ley terrible y medioeval que castigaba con la muerte en vez de redimir al culpable con la vida: ideales que con José Gregorio Monagas, dos veces Prócer, emanciparon al esclavo, dándole entrada, calado el gorro frigio, en el Agora de los derechos ciudadanos: ideales que con Guzmán Blanco, el más brillante de nuestros viejos Caudillos, el más culminante de nuestros Magistrados y el más culpado de nuestros hombres públicos, llevaron al hijo del proletario de la mano con el hijo del potentado al banco de la Instrucción Popular, comulgatorio de luz donde el alma de los hombres se inicia para la civilización y se depura para la

libertad el alma de los pueblos: ideales que después de verse vilipendiados y escarnecidos, con mengua de la honra propia, con ignominia de la propia bandera, en vergonzoso sindicato de los mismos hombres que se levantaron bajo su egida; y después de haber pasado por las horcas caudinas de más de cinco destructores despotismos, han surgido ilesos, como de la Cueva de los Leones el Profeta, y se alzan poderosos, perdonando, redimiendo y creando, en los hombros ciclópeos del Caudillo que ayer proscripito y perseguido por el mismo dolor que á la Patria victimaba, hoy los alienta con su propia alma y los vivifica con su propia vida.

Era una época lúgubre de tristezas y de sombras!

Se habían descuidado en el Poder todos los estímulos del honor y todos los ejemplos del patriotismo; se habían relajado todas las articulaciones de la Causa gobernante y matado el germen de todas las aspiraciones generosas; se pagaba con el desdén y el olvido el esfuerzo meritorio; al honor lo derrocaba la impudicia; en el mandato, en vez del respeto de la ley se alzaba el desacato, y en el consejo, en vez del Areópago de Atenas el Sanedrín de Galilea; la disciplina partidaria parecía más bien chaqueta de fuerza que vínculo de compañerismo; el mérito, si alzaba la mano hasta la frente, con espi-

Las, no con fresco lauro tropezaba; el crédito nacional pregonaba decadencia más allá de nuestros mares; la instrucción pública se hallaba convertida en asilo de inválidos, y el fomento, en fin, para no cargar con toda su sombra el cuadro de tan tristes caídas, se venía abajo con el hollín de nuestros edificios públicos y la carcoma de nuestras bibliotecas.

Lo último que quedaba en pié, la ley fundamental, era nudo gordiano para los propósitos del precito, y parodiando al guerrero antiguo, el precito echó sobre él la espada; pero al punto, como una soberana conmoción de la dignidad republicana herida, un grito de insurrección resonó en las selvas de

los Andes y repercutió en las cumbres del Avila como el aletazo desesperado de un águila montaraz mordida por un insecto en la garra poderosa.

Y fué tanta la audacia de aquel acto y tan temeraria fué la varonil protesta del joven Caudillo ante la ostentosa pujanza del contrario, que venció la pusilanimidad en el ánimo de los mismos que en otros puntos del país han debido secundarlo y estupefactos se quedaron aun después de haber llegado al Capitolio Federal, por entre arcadas de bayonetas, la bravía insurrección de los sesenta.

Es que en vano se trata de matar la libertad: es cierto; cuando cae moribunda, podrán arrodillarse ante el cul-

pable en sofocante mayoría las conciencias prostituídas, pero al fin de entre las víctimas se levanta armada y poderosa la mano vengadora. Así, del 23 de Mayo al 14 de Setiembre más de quince mil soldados que hincaban rodilla en tierra rindieron sus fusiles; más de ochenta Generales que desnudaban los aceros llevaron la mano á la visera; y el que se juzgó invencible, otro Octavio llamado también Augusto por los mismos áulicos de los desgobiernos anteriores, sin que hubiera tenido en el lance postrimero ni siquiera el valor de apelar á la bofetada vengadora de Gustavo, huyó de la Patria como el rey more, llorando como muger lo que

no supo defender como hombre.

Y hubo una como resurrección de dignidad. Por donde pasó el Caudillo, la esperanza renació y renació la libertad.

Dice un gran escritor que la libertad ha podido alguna vez refugiarse en los campamentos, pero que no ha salido nunca pura de ellos: vos podéis probar lo contrario, General; yo lo aseguro. Tenéis alzada en el Capitolio la trípole de vuestra futura grandeza: juventud, talento y honradez; y lleváis en el alma esta doble fuerza impulsiva: valor y carácter.

Sí, General; yo sé que la obra es magna, pero sé también que vos habéis medido su magnitud. Así está

bien: los hombres como vos no arrostran empresas de pigmeos.

Aceptad, General, nuestro Jefe, nuestro amigo, estas cordiales manifestaciones nuestras: sinceridades de los que como vos no sabemos subir de rodillas, de los que os queremos de veras, de los que no os abandonaremos, General, en el peligro; y tened presente que los que aun no llevamos sobre la frente la huella blanca del tiempo, los que dirigimos hacia arriba la mirada porque ni nos atraen hacia atrás los terrores del pasado ni nos doblega hacia abajo la pesadumbre del presente, vemos en vos nuestro horizonte, horizonte luminoso y amplio, á cuyo influjo la Patria será grande y se alzaré el

sol de la civilización calentando nida-
les de progreso, alumbrando emporios
de prosperidad y dorando en campo
ubérrimo rica mies de paz y libertad.

EPILOGO



EPILOGO

Lel sol se había ocultado envuelto en una nube color de humo.

No había en el cielo ni un solo punto azul y todo presentaba un aspecto de sombría palidez, cual si el espacio estuviese iluminado por una amarillenta luz de fúnebres blandones.

Un hálito quemante subía de la tierra, una llovizna fría bajaba del cielo

y resbalaba de la copa de los árboles prendiéndose tenue y sutil en el césped del camino.

El ruido del combate se hacía cada vez más estruendoso y persistente. Una inmensa nube de humo señalaba en el espacio el lugar de la hecatombe, y las balas pasaban silbando sobre los árboles, como pájaros bravíos, ó dando latigazos, como sierpes, en el suelo.

En la segunda callecita del pueblo de Tocuyito, bajo el espeso ramaje de la izquierda, donde los gruesos troncos de los árboles podían servirle de apoyo en caso de un ataque, una compañía del Bolívar, (*) aguardaba la

(*) Ocupaba este punto el entonces Coro-

probable aproximación del enemigo por aquel flanco, y era tal el ardor de los soldados mientras llegaba el momento del combate, que rabiaban porque no se veían en el sitio donde sus compañeros se batían como leones.

En el patio de una casita de paja, á la sombra de frondoso guásimo, estaba una joven como de 20 años, blanca y pálida, en cuyos ojos dormía la noche y soñaba la nostalgia.

A cada instante, á todo volar, pasaban los ayudantes de campo en sus caballos sudorosos, y la pobre muchacha, asomado el pavor en sus grandes

nel Secundino Torres, muerto gloriosamente en la batalla del Guapo.

ojos negros como dos presentimientos sombríos, parecía preguntarles: quién ha muerto?...no hemos triunfado aún?...Y no bastaban las súplicas de los suyos para quitarla de ahí, cual si le fuese cosa común hallarse entre las balas ó segura estuviese contra ellas, allí donde cada uno esperaba la suya por momentos.

Dos noches antes, en aquel mismo sitio se hallaron, se vieron y se amaron: ¿de la más solemne calma no nacen también las más grandes tempestades, en la llanura de nuestras pampas, en el ámbito de nuestros mares, en la cumbre de nuestras montañas?

El, Teniente de una segunda Compañía, robusto, esbelto, de bigote pe-

queño y rubio y de ojos soñadores y vivaces. Ella, blanca, pálida, pensativa y triste.

Aquella peinilla al cinto, aquella ruana sobre los hombros, aquellas polainas hasta las corbas, aquella sonrisa, aquella módulación de voz que le suena á una en el oído de un modo tan extraño y dulce y misterioso, y aquellos bucles que le salen por debajo del sombrero blanco de alas caídas y echado hacia atrás—pensaba ella.—“Sí, sí, yo me iría contigo, te seguiría á todas partes: yo no he amado á nadie, á nadie”—le decía.

Aquellos ojos color de jiga; aquella boquita roja, estuche de la caricia immaculada; aquellos hoyuelos de sus

mejillas, escondite del beso tentador de Berenice la imperial, y aquel bucle solitario que le retoza en la frente como una mariposa negra sobre una rosa medio abierta—pensaba él— y le decía: “Sí, sí, yo te llevaría á mi tierra después del triunfo: verías que bonitas las montañas de mi tierra y que dulce y sabrosa la vida en mis montañas”...

Y cuando sonó la corneta anunciando carga, ella salió corriendo al patio de su casa, con el corazón que se le salía del pecho como una paloma asustada en su propio nido, y viendo como desfilaban por la otra calle los batallones, trató de divisarlo á él para decirle adiós. Lloró mucho y miró mucho y pensó mucho en aquellos únicos

días felices de su vida, tan felices como efímeros, y las lágrimas y la inquietud del alma no la dejaron ver que en uno de los batallones que pasaba una mano se levantó hacia ella y que en el aire por ella se agitó un sombrero diciendo adiós!

La mañana está muy fresca, el suelo muy húmedo, el ramaje muy verde, el cielo muy azul.

Qué importa al alma de la naturaleza el alma de los seres?..... Que lllore uno, que gima otro, que se lamente aquel y que solloce éste, qué importa? Qué importa éso, el rumoreo doliente de un suspiro fugitivo envuelto en la retozona ondulación de una cadencia orquestal!.....

La dicha?... Cuán esquiva y qué remisa para llegar, y cuando llega, radiosa y turbadora, con coqueteos de amada regalona, cuánto picor de lágrimas en nuestros ojos recién enjutos, cuántos gemidos de esperanzas moribundas en nuestra alma, cuántos despojos de venturas fenecidas en torno nuestro!

“La realidad sensible de la vida es el dolor.” El hombre fué hecho para la lucha en él con esencia de lágrimas, y en el fondo de todas las grandes impresiones del sér, agradables ó ingratas, hay siempre la huella de una lágrima.

La dicha es una conquista. La felicidad es el resultado de un esfuerzo,

La ventura es un término negativo: la negación de la pena es la ventura. La suma de todas las complacencias, menos la suma de todos los sufrimientos, produce siempre un residuo triste y doloroso, color de pena, sabor de llanto.

En el vientre de la dicha se cría un embrión histérico, el hastío, y cuando aquella flor de oro despliega al sol del alma su corola, con el último pétalo que entreabre asoma el tedio, gusano roedor; con la última ráfaga de aroma que se va despunta el tinte gris de algún pesar sobre el aun no marchito gineceo.

La dicha! . . . es voluble, es falsa, caprichosa, presumida, efímera, pero

es necesario gozarla mientras ría y nos busque: esta Margarita Gautier tiene deslumbramientos adorables, ternuras castas, fascinaciones vencedoras, y es necesario gozarla mientras nos busque y ría, que después de la embriagadora posesión, de la escanciación del filtro turbador, tiempo habrá para la soledad, la sombra, el desengaño cruel y el dolor, que es la única realidad sensible de la vida.

La mañana está muy fresca, el suelo muy húmedo, el ramaje muy verde, el cielo muy azul.

Dos mujeres y un soldado sostienen en sus brazos á un teniente moribundo cerca de un bosquesito de la sabana, sobre la yerba, junto al camino.

—“Ven, ven, que aquí está”—gritó una de ellas á otra que no lejos se inclinaba á la sazón sobre un cadáver, y cuando esta se acercó, el herido abrió los ojos, miróla fijamente cual si quisiera hablarla, y el pobre Teniente exhaló el último suspiro, hondo, lento y casi imperceptible, en dúo funeral, con el primer beso tentador de la pobre enamorada.

II

Desalojado como había sido el enemigo de sus primeras posiciones en el combate de Nirgua, uno de los batallones que por la derecha combatían flanqueaba por esta ala hacia la plaza, de donde recibía un fuego nutrido é incesante, cuando al doblar en una es-

quina hallóse el Jefe de él con el Coronel Miguel Tapias, que echado en tierra, bañado en sangre, lívido el rostro y estertorosa la palabra le gritó, comprimiéndose el pecho con la mano izquierda mientras se apoyaba en el brazo derecho trabajosamente para mantenerse sentado: —“Así te matan.... desmóntate y carga.... carga; es necesario triunfar.... Que no pasen ellos por encima de mi cadáver....”

El día siguiente varios oficiales rodeaban una fosa recién cegada en el cementerio del pueblo. Había un gran silencio en aquel recinto y una gran tristeza en aquellas almas. Afuera cantaban los pájaros en la enramada vecina, cruzaban por el cielo azul en

bulliciosas bandadas los loros de la montaña, modulaba el riachuelo la canción de las aguas y en la Comandancia vibraba la corneta al toque de Orden General.

Un soldado se acercó á la tumba, se detuvo un largo rato silencioso junto á ella, recostó sobre sus piernas la cruz que conducía, con la mano izquierda se llevó á los ojos la manga derecha de la camisa, y después de comprimirse aquellos durante un largo rato, clavó la cruz sobre el montón de tierra y se alejó en silencio.... Cuando llegó á la puerta del cementerio se detuvo un momento, y dando un golpe con el pié en el suelo, exclamó entredientes:—“¡Pero triunfamos!....”

III

Un manto fúnebre—la sombra espesa de la noche—cae sobre el lúgubre callejón de Tocuyito.

Qué profunda soledad, qué tristeza tan profunda!

El chillido monótono de los grillos de la sabana, el murmurio melancólico del río, el vago rumor del viento, algún

quejido, algún lamento lejano salido del matorral vecino... nada más.

Cerca del río, el cuerpo entre la yerba, los pies sobre el camino, tendido en tierra yace un soldado: por colchón al césped húmedo, por almohada el propio brazo, el vientre abierto en dos y la cara cubierta de sangre. No se queja, no habla, no se mueve: cualquiera lo tomaría por un cadáver. Un leve ruido, como de pisadas de bestia, se oyó á lo lejos y se apagó de nuevo. El enfermo abrió los ojos y trató de incorporarse poco á poco haciendo un supremo esfuerzo, y colocándose luego el brazo izquierdo sobre el vientre, agarrándose con la derecha á una rama cercana, se puso de pié, indeciso el

cuerpo sobre las piernas temblorosas, y recostóse al tronco de un árbol, exclamando: "ahí vienen otra vez. . . . pero por aquí no pasarán. . . ."

En medio del profundo silencio de la noche oyéronse otra vez, más pronunciadas ahora, las pisadas de un caballo. Ya se distinguen mejor. . . ya se acerca más y parece que el jinete viene rozando con las ramas del camino. El herido levanta el brazo derecho, espera un rato en actitud de echarse encima del que pasa, y al pasar el caballo se lanza sobre él, lo agarra por la brida, lo atrae fuertemente: el pobre jamelgo, flacucho y fatigado, detiene el paso—Quién es?—dice el jinete(*)

"Yo. . . . yo soy del Veintitrés. . . . Viva. . . . Cipriano. . . . Castro. . . ."

(*) El Coronel Alejandro Maduro que iba en comisión de Valencia á Tocuyito.

IV

Sobre una parihuela llevan dos soldados al valiente general que cayó de su caballo boca arriba junto al río en una de las arremetidas del arrojado Escuadrón. Era de Yaritagua. Manco en un combate de la Federación en los días de su juventud, oyó ahora las dianas de las Restauración y el alma de la

raza lo empujó de nuevo al campamento: enamoróse de la primera y le dió su sangre, enamoróse de la segunda y le dió su vida.

Un perro velaba junto á él con la cabeza cariñosamente reclinada en una mano del cadáver: la mano que lo había acariciado desde niño, la cabeza que él había recostado afectuosamente sobre sus piernas. Cuando los soldados llegaron á recogerlo no podían acercársele: el perro, con las manos puestas sobre el pecho de su amo, se encarbaba contra ellos ladrando ferozmente y mostrándoles la amenazante dentadura, lamiendo de vez en cuando la mano de su amo y mirándole la cara con la más profunda de las tristezas.

V

Un grupo de soldados rodea á un muchacho herido junto á su padre muerto. La herida del padre fué mortal, pero tuvo fuerzas para reclinar á su hijo sobre su pecho; él lo estaba sobre una protuberancia de la sabana. El hijo, herido en la cabeza, perdió el conocimiento, y cuando volvió en sí

halló á su padre muerto, no pudo moverse y quedóse como él lo había dejado.

Ya en el hospital, le oí decir al pobre muchacho:

“Nos pegó una misma bala, porque yo estaba arrodillado detrás de él: á él le dió en el vientre. . . . Boté mucha sangre, sentí un gran desmayo y después, ya en sus brazos, no supe más de mí. . . .

Porque no me mató á mí más bien. El me recostó en su pecho y con sus manos tapó mi herida. . . . no se quejaba. . . . le dolía más mi dolor que su dolor!”



MORAIMA

MORAIMA

Las heridas íntimas de mi alma
alivia tu recuerdo, oh! blanco
nenúfar que flota en el lago a-
zul de mis nostalgias. Por tí de mi
alforja de poeta errante, cargada de
desengaños y deseos, soporto la ruda
pesadumbre, zíngaro que llora y canta.

Yo cambié mis cármenes de amor,
donde en fresco botón de nardo asoma

el beso y en aroma de jazmines nace la caricia, por la desierta playa de hastío.

Vivo del tedio en la ribera gris, donde surgen de mi alma, á veces, los recuerdos, como pájaros huérfanos escapados de su jaula hacia un horizonte de alba, y á poco andar caen sus alas sin vigor en la onda perezosa de un lago solitario y negro: lo imposible.

Hoy, á la vera del camino, sobre el tronco de árbol joven, de flora nueva, dejo tu nombre, acariciado con besos, aspergeado con lágrimas, perfumado con flores de la selva y con flores de mi alma en días de lucha cruenta; y mientras llega el nuevo día, con el pañuelo blanco del recuerdo saludo la

barca azul de la esperanza, que cruza la soñolienta lejanía del horizonte.

Mira! . . . Cuando te arrodilles en la tumba de mi padre, donde habrás puesto la casta azucena y el simbólico heliotropo, caiga sobre la rosa de tus mejillas el rocío de tus ojos glaucos.

No pude consolar sus últimas tristezas, colocando entre mis brazos su frente venerable, diademada de cana que fueron blasón de sus hijos, ni calentar con el calor de mi pecho el pecho suyo frío, y en este beso póstumo mi memoria al culto suyo le consagro: deposítalo, Vestal, junto á la casta azucena y al simbólico heliotropo, cuando caiga sobre la rosa de tus mejillas el rocío de tus ojos, que yo

vivo del tedio en la ribera gris, y mientras llega el nuevo día, con el pañuelo blanco del recuerdo saludo la barca azul de la esperanza que cruza la soñolienta lejanía del horizonte.

OPINIONES

DEL VIVAC

Los primeros capítulos de la Cartuja de Parma nos hablan de aquella época en que se hizo de moda perder la vida: esa moda caída ya en desuetud en muchos países, parece que está viva y palpitante entre nosotros. ¿Será tal vez porque creemos todavía, como en la era napoleónica, que para ser feliz, después de siglos de hipocresía y de sensaciones enervantes, es preciso amar alguna cosa con verdadera pasión y saber exponer la vida, según

Stendhal? No lo sabemos, pero nos hace pensar en ello el libro del intelectual en campaña Francisco Jiménez Arraiz.

¿Acaso experimentó Jiménez Arraiz la necesidad de la acción para curarse del hastío de que se aqueja aún entre el humo de los combates? “Es una conquista la ventura. La dicha es el resultado de un esfuerzo.”— escribe, y casi en seguida—“En el vientre de la dicha se cría un embrión histérico: el hastío.” Y en la hermosa ofrenda á Moraima con que se cierra el libro vuelve á parecer este sentimiento, como una espina entre las flores de la frase; ya triunfante el que amó el esfuerzo siente ahora la nostalgia del reposo: “Yo cambié mis cármes de amor donde en fresco botón de nardo asoma el beso y en aroma de jazmines nace la caricia, por la desierta playa del hastío.”

Trás de la bandera tricolor vino Jiménez

Arraiz cuando el Ejército Andino pasó por Barquisimeto, y á la bandera tricolor canta en una de sus páginas. Allí están descritas las hazañas de ese ejército desde la Ciudad de Occidente hasta el trágico Tocuyito.

“Del Vivac” es la obra de un poeta enamorado de la belleza y de la muerte, de un poeta que en medio del horror de las batallas fija las miradas en los celajes crepusculares, en las rosas del campo, en el pálido zafiro de las lejanas montañas, en el sol poniente, “coronando la distante loma como una hostia roja sobre un copón de plomo.” Y el poeta marchaba hacia adelante, mientras oprimía contra su corazón triste de vivir el recuerdo de la añada.

Damos las gracias al amigo Jiménez Arraiz por el ejemplar con que nos ha obsequiado con fina dedicatoria.

(El Cojo Ilustrado—Caracas).

Ricardo Palma,

Saluda atentamente al señor F. Jiménez Arraiz, y le da las gracias por el obsequio de su muy delicado librito "Del Vivac."

Lima, Mayo 2 de 1900.

Bogotá, Junio 9 de 1900.

He tenido gran placer al recibir y leer el precioso libro de Ud. titulado "Del Vivac," del cual tuvo Ud. la amabilidad de dedicarme un ejemplar que debidamente agradezco.

Ese libro publicado en elegante y esmerada edición que realza su mérito intrínseco, revela por su estilo vibrante y poético, el talento del autor, y es, además, una merecida corona obsequiada al gran caudillo venezolano General Cipriano Castro y á sus valerosos compañeros.

Por hoy aprovecho la feliz oportunidad

de suscribirme afectísimo amigo y admirador de Ud.

Adolfo León Gómez.

Port of Spain (Trinidad): 2 de abril de 1900

Mi querido amigo: Ya leí tu librito "Del Vivac," y apresúrome á felicitarte cordialmente. El brillante éxito que has obtenido con esta obra, me enorgullece como barquisimetano.

Te deseo felicidad y te abrazo.

Tu amigo,

Gil Fortoul.

Julio Calcaño

Saluda á Ud. y le da sinceras gracias por el fino regalo de su libro que ha recibido con gratitud y aprecio.

Caracas, 11 de Marzo de 1900.

Santiago Key Ayala.

Estima altamente el recuerdo de su amigo F. Jiménez Arraiz y une su sincero aplauso á los numerosos que ha merecido su bello y simpático libro "Del Vivac," por cuyo éxito lo felicita cordialmente.

Caracas: marzo de 1900.

Diego Jugo Ramírez

Saluda atentamente y da cumplidas gracias al Sr. F. Jiménez Arraiz, autor del interesante libro intitulado "Del Vivac," por el ejemplar que se ha servido dedicarle, y que ha leído y apreciado como nuestra muy expresiva del talento de su autor.

Caracas: marzo de 1900.

A. Pietri Daudet,

Con sus saludos afectuosos, con sus felicitaciones y su agradecimiento por la aparición

y por el envío del magnífico trabajo histórico militar que el amigo Jiménez Arraiz ha añadido á la grande y gloriosa obra literaria de los venezolanos.

Amberes, 15 de Abril de 1900.

Gracias por el envío de "Del Vivac" y plátemes al autor de tan bello libro, de su afmo. amigo,

Manuel Revenga.

Berlín: 1º. de junio de 1.900.

Santo Domingo: junio 28 de 1900.

Señor

F. Jiménez Arraiz

Caracas.

Mi buen amigo:

Yo nunca olvido; cuando estrecho contra mi pecho, sobre mi corazón se graba el otro

y vive ahí largamente. No te he olvidado, te recuerdo gratamente.

Que gentil y fuerte tu primogénito!

Del Vivac es un hermosísimo poema. La revolución que es cosa vulgar, se hace motivo de arte en las puntas de tu pluma gallarda. Y es que has vivido sinceramente lo que pintas. Supongo que vivirás en un bosque de laureles, en cuyo follaje acechará la Envidia.

Cuantas ganas he tenido de decir al público lo que tu libro me ha hecho sentir, pero hasta hoy han sido parte á impedirme ese placer, las luchas políticas; pero es promesa que cumpliré,

de tu muy afmo.

TULIO M. CESTERO.

DEL VIVAC EL LIBRO — EL AUTOR

Es un libro de juventud, de entusiasmo, de vigor.

Libro á la vez de noble orgullo y de ideal generoso: una página de nuestra historia contemporánea, en que truena la fusilería de las matanzas; y en que el autor, en aquella ruidosa conflagración, ahoga con el hurrah! de la victoria el último adiós de los que se derumban en el sepulcro, abierto á pleno sol y en plena pampa, y los últimos quejidos del moribundo, tendido en el repecho de la colina conquistada á paso de carga y á precio de sangre, ó abatido á la vera del camino, ó en la margen del río ensangrentado, acrecido por la presión de los apiñados cadáveres que hacen ahora torrentosa su corriente, antes apacible y límpida y ya bullente en ondas escarlatas.

Libro que habla de lluvia de balas y lluvia de hojas, como ráfagas de moscardones, zumbadores que pasan á guarecerse en las frondas, y enjambre de mariposas verdes que caen sobre la frente ya nimbada del guerrero victorioso.

Y en donde hay la frase justiciera y noble para el valor y la pujanza patrias, que siegan vidas en los contrapuestos bandos como para tener siempre en cultura fecunda, en cuanto surco rasga la tierra, la simiente del heroísmo, de la intrepidez y del arrojo.

Páginas de amor y de consuelo, puestas como otras tantas leyendas tumulares sobre los montones de blancas piedras con que ha señalado la piedad campesina el último sitio en donde yace por siempre el cuerpo hendido por la espada ó perforado por los proyectiles, de los que desde el erguido horizonte de las crestas andinas vinieron im-

poniendo al azar de las batallas el halago de la fortuna, y de los que fueron á disputarlo, empujados por la disciplina y la promesa.

Consagración, además, ese libro, de un sentimiento caro á mi corazón y á mi espíritu, hijos de otra tierra y otra gente: consagración de Patria y Juventud.

Patria....aquella bien lejana é infeliz, aquella que demora al remoto Occidente; pampa libérrima, á despecho de los hados impíos, turbulenta y rebelde; como el torrente de sus ríos anchurosos, como la alta cerviz de sus corceles indómitos, como el salvaje testuz de sus toros bravíos....

Patria cuyos hijos ven escrito en este libro como se les recibe—con el honor debido, á los vencedores del caimán y del jaguar—á descarga cerrada, cuando llevan ante la hueste contraria, como única provocación, el blanco de sus pechos palpitantes y el fuego de sus ojos brilladores.....

Juventud . . . ésta que hemos derrochado por el cerebro y por el brazo, riñendo lides que un día la Justicia llamará ilustres, porque el abolengo de estos paladines arranca de sí mismos, á fuerza de energía inveni-ble, á fuerza de rebeldías insumisas por el temor ó el halago.

Juventud que en gloriosos días y campos gloriosos ha protestado, por el fusil y por la espada, contra la tradición audaz de que sólo suman merecimientos blancas hebras sobre propectas frentes, como si el Caudillo de estas huestes y de esta cruzada pasmosas hubiese necesitado que tiempo y vicisitudes rayasen sus sienes y las de sus vigorosos legionarios y en esos surcos se depositase polvo infecundo y estéril de caducidad, y no fuese bastante á aprisionar la victoria y avasallar la fortuna la protesta rabiosa contra tanto mérito fementido, contra la avilantez llamándose habilidad, contra el

favor primando las aptitudes, contra la estulticia enseñoreando todas las categorías, sociales y políticas.

Este libro es nuestro, por su autor y por su historia. En sus páginas desfilan, entrevistados tras la densa humareda de la metralla, compañeros de eterna lucha, hermanos por el ideal, guiando la guerrilla al asalto y á la resistencia; se describen los campos purpurados por el tributo de nuestras venas, los campos que ofrecieron en su fresca verdura reposo y paz á los que cansó el mortífero afán, y vigor enardecedor á los que llegaron hasta la conquista de sus horizontes...., cuando no la choza hospitalaria, en donde á falta de pan y leche, ojos y manos de montaraz beldad adelantaron en caricias la recompensa al esfuerzo del imberbe luchador, y restañaron la primera sangre, y se dejaron, como lazo suave y dulce, una parte de nuestra fé y todo nuestro recuer-

do atado á su tierno y primitivo candor. . . .

Colocada, por el patriota y compañero, la ofrenda á la Patria y á la Causa, había de abrocharse ese manajo de inmortales y laureles con el tributo á la Juventud y al amor, y el poeta lo suplica á la cara visión del ideal adorado, que habrá de sentir orgullo y ventura, al ver en ese libro—lago de sangre con tormentas de pólvora—cruzando el acero el noble pecho que antes terciaba la celeste banda de la dulce guzla. . . .

El autor de este libro ha peleado todas las batallas que caldean el carácter al rescaldo, de la adversidad; y que hacen leve la vida, á fuerza de salvarla de todos los conflictos y á fuerza de empujarla á todos los peligros. . . .

¿Su vida? La misma de todos los que hemos nacido hacia la tumba del Sol; la mano encallecida, puesta al arado, á la brida, ó á las crines; el brazo, ágil para la ondulante:

lazada; el cerebro tan resistente como para llenar la amplia cavidad de un cráneo empleado como maza de combate; puestas los ojos en horizontes infinitos, en donde sólo en la noche apuntan los luceros el rumbo de las veredas; el oído, abierto al circo máximo de la llanura y la montaña, que nos envían brisas y huracanes, portadores de las voces de alerta con que el peligro se delata á sí propio; y el corazón... enterrado en la provincia ubérrima, para que florezca en verjeles de ternura y lealtad, y de ellos tejan coronas la madre y la novia, y vayan á refrescar el ardor de la lucha—bajo sus follajes—el hermano y el amigo....

Después... traerse á otros climas, al reunir la vida, un canastillo lleno de esas flores, para glorificar el triunfo; el mismo brazo que abatió al potro cerril y cautivó al mugidor señor de la llanura; la mirada—hecha á ver estrellas en el confín terreno—

puesta en altísimas aspiraciones;...y el mismo ancho cráneo, para dar refugio á todas las ideas.

Ved, sinó, cómo este autor ha sido alumno de la Escuela Politécnica, cursante en la Ilustre Central, periodista, poeta y guerrero.

No puede el sol moribundo; cuando va á recogerse allá á nuestra tierra, saber cuántos dolores y cuanta gloria ha alumbrado en su ardiente curso, y viene Jiménez Arraiz á decírselo al pié del Avila eminente, de cuyos vértices se desprende el Astro cada mañana, no cansado todavía de contemplar los campos que nuestras venas vistieron de púrpura.... .

Eloy G. González.

Fe de erratas



PÁGINA.	LÍNEA.	DICE.	DEBE LEERSE.
4	15	descuelga	se descuelga
5	9	inexhauto	inexhausto
38	4	repechos	repechos
43	6	balance	balanza
49	8	sus	su
63	8	(de la nota) maússer	maussers
64	9	del	el
78	14	2º Jefe	1er. Jefe
100	6	Advirtieron, tal vez que	Advirtieron [tal vez, que
"	9 y 10	político, debo	político debo.
115	15	en	á
130	8	las	la
138	2	de	del
139	20	caza	causas













00032418982



UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL